



Mary Prager  
Crónica. Octubre de 2009

### Lo que se lleva consigo

Llegué a la estación de ómnibus Mariano Moreno de Rosario, Provincia de Santa Fe, el mediodía del sábado 29 de agosto. Hacía un calor muy fuerte a pesar de la fecha, que hizo que hasta las medias estuvieran más pegadas que lo usual a mi piel. Pero no dejé que me molestara. Estaba por fin en Rosario, ciudad que velozmente se transformaría en la más hermosa que había visto en el país. En realidad, durante este viaje cortito mi suerte dependió de la compasión de la gente desconocida. Además, era un viaje de sorpresas y sin grandes planes. Tal vez sea mejor explicado desde la perspectiva de las palomas que aunque no se den cuenta son los testigos omnipresentes y olvidadizos de la historia. Los *graffitis* también. Hablan y gritan aunque la gente se quede en silencio.

Comencé mi viaje a las ocho de la mañana en Retiro, donde tomé un ómnibus para Rosario. A mitad de camino el bus se sobrecalentó. Todos los pasajeros bajamos, uno tras otro. No había nada a nuestro alrededor.

Aparte de la ruta, que se estiraba derecha y derecha hasta el horizonte y algunas noticias, había pocas señales de modernización. Tampoco de civilización. Había pasto, árboles y un cielo azul que ni empezaba ni terminaba. Un conejo o dos. Era una molestia parar, pero si el bus se iba a sobrecalentar, era mejor que lo hiciera camino a Rosario, durante la mañana y a la luz del día. Felizmente, vino otro bus pronto y seguimos el rumbo.

Así llegué a la estación Mariano Moreno ese día de calor. Llegué al hostel y anduve por la ciudad en bicicleta. Pasé por los tribunales de la lujosa calle Oroño y la Cámara Federal de Rosario, ubicada en la calle Entre Ríos.

Buscaba el Palacio Vasallo pero no lo encontré. Estos lugares serían algunos de los varios escenarios de los juicios contra delitos de lesa humanidad en la provincia de Santa Fe. En Rosario, serían juzgados: el ex teniente Juan Amelong, el agente civil Walter Pagano, el ex mayor Jorge Fariña, el ex teniente coronel Pascual Guerrieri y otro agente, un civil, Eduardo Constanzo por varios crímenes que tomaron lugar en los centros clandestinos Quinta de Funes, La Calamita, La Intermedia y Fábrica de Armas. Ellos habían estado libres durante 33 años: ¡33 años de impunidad! Y el 1 de septiembre comenzaría el largo proceso de someterlos a la justicia. Además en la ciudad de Santa Fe, Víctor Hermés Brusa, un ex juez federal y el primer civil en ser juzgado por semejantes crímenes.

Pasé la noche charlando con otros extranjeros en el hostel. Ellos no sabían que los juicios iban a comenzar. Sólo habían ido a visitar esta ciudad hermosa. Se dice de Rosario que es la Nueva York del interior del país. Diría yo que Rosario no es como Nueva York. Se dice de Nueva York que la gente es fría e impersonal, característica común de las grandes ciudades. En Nueva York, no me habría sucedido lo que me pasó

el domingo por la tarde, apenas tres horas antes de tener que volver a Buenos Aires. Me encontré con Sandra. O mejor, ella se encontró conmigo.

Tres horas antes de que terminara mi viaje, caminaba por la calle donde se ubica la casa natal del Che Guevara cuando alguien me tocó el hombro. Era una mujer de mediana edad. Llevaba pantalones negros y deportivos, tipo 'windbreaker' que a mí siempre me indican energía y atletismo. Su remera era verde y sin decoración. Los zapatos también eran muy utilitarios. Se me presentó como una guía profesional. Me había visto con el mapa en la mano y quería ofrecerme su servicio. Acababa de volver de un viaje a Cuba y recientemente había empezado a ofrecer guías turísticas de la ciudad a extranjeros. Ese mismo día había llevado a un grupo de cuatro chicas israelíes por Rosario en coche, me dijo.

—Podés confiar en mí— dijo, pues comprendía que cada advertencia que los padres y docentes dan a los niños sonaban en mi cabeza en aquel momento.

Pensé por algún momento que si iba a robarme o a matarme, no podría escaparme con la mochila pesada pegada a mi espalda. ¡Pero qué tontería sería dejar que se me escapara tal oportunidad! Al final hice un acuerdo entre las varias voces que hablaban dentro de mi cabeza:

—¿Me podés mostrar algún documento?— le pedí.

—Sí, ¡cómo no!— dijo, y sacó su licencia de conducir.

—Lo siento— dije con un poco de lástima. ¡Qué mundo este, que se tiene que sospechar tanto!—pero no es suficiente. ¿Algo más?

Fuimos a su casa. Esperé afuera hasta que saliera, y después de algunos minutos se apareció con una carpeta llena de papeles, fotos, resúmenes, noticias de periódico y hasta su tesis.

—¿Basta con esto?— dijo, con una sonrisa.

—Sí, basta— dije.

Y así con documentos, pruebas y compasión se ganó mi confianza. Sandra es docente en un colegio de Rosario. Ha vivido en la ciudad toda la vida. Creció cerca de las villas miserias, que están al norte del Monumento a la Bandera, al este del río Paraná y más allá de Bochinche y de la calle Oroño. Le pregunté sobre los juicios que iban a comenzar y le pedí que me llevara a algunos sitios importantes relacionados con eso. Particularmente, a la ex-jefatura de policía.

—Bueno—dijo — Pero primero, quiero mostrarte la Plaza San Martín.

La luz se derramaba por los cuatro rincones de la Plaza San Martín. Iluminaba los caminos de piedras blancas y las flores alegres de amarillo. Se oían los gorjeos de las palomas, tranquilos y de efecto calmante. En el centro de la plaza estaba la estatua del general y prócer San Martín. Era alta, de bronce y llena de gloria en su caballo. Además de ser un ejemplo de la iconografía patriótica, representaba un ideal humano. La estatua parecía pura e inalcanzable a la luz.

Sandra y yo nos sentamos en un banco. Como contrapunto a la figura de San Martín había una paloma tomando agua de un bebedero descubierto. No parecía estar conciente de su alrededor. Era aún menos conciente de lo que hablábamos Sandra y yo. Nosotros descansábamos allá, a la sombra de un árbol, Sandra, las palomas y yo.

De más está decir que la Plaza San Martín debe su nombre a José de San Martín, que liberó Chile, Perú y la Argentina. Actualmente la plaza es el centro de las protestas sociales. Hace dos años, mucha gente de las villas miserias fue a la plaza y empezó a morar en sus rincones como forma de protesta por planes y mejoras sociales. Los vecinos, ricos dueños de varias tiendas cerca de la plaza, protestaban contra la presencia de los que se manifestaban. Después de una lucha larga, la gente recibió los planes

sociales del gobierno.

—Porque los vecinos no los querían—dijo Sandra.

Antes de los piquetes, la plaza estaba llena de rosas, dijo, pero los de las villas miserias, cuando durmieron en la plaza, las pisaron y las destruyeron.

—Todos los negocios sufrieron y los jefes protestaron para que el gobierno los sacara. Además, esa gente orinaba, defecaba, robaba y hacía todo en la plaza, en ese lugar público. No entendían que la plaza les pertenecía a todos, no sólo a ellos.

Sandra señaló la estatua.

—Mirá cómo hay un vallado alrededor de la estatua.

Miré para allá y lo vi por primera vez. Era como si se hubiera aparecido allá en aquel momento.

Había algunas personas caminando por la plaza. Una pareja vestida de jeans y remeras informales con un niño. La gente en Rosario no se viste con el estilo tan elegante de Buenos Aires, pero la atmósfera allá es tan diferente que vestirse como en la Capital no sería apropiado. Gucci, Chanel y Balenciaga no parecen pertenecer a esta ciudad. Por lo menos para una visitante, Rosario parece tener un ritmo de vida más lento y más tranquilo. Tal vez sea por influencia del río Paraná, al que se llega fácilmente a pie o en colectivo. La arquitectura de muchas partes de la ciudad es europea, como en Buenos Aires. Es una mezcla del estilo francés y el español. El estilo arquitectónico da al lugar un sentido de la elegancia y sofisticación. Sin embargo, se nota que en cada pared, en cada rincón, hay rasgos de las voces de los marginales: los *graffiti*.

Estábamos paradas cerca de la estatua. Al caminar desde el banco habíamos agitado a algunas de las palomas, que siempre parecen estar afuera de mi entendimiento de tiempo.

—Mirá para abajo— dijo Sandra.

Había unos *graffiti* bajo mis pies. Eran dibujos grandes de hormigas. Más vi y más me di cuenta de que no había dos o tres sino trece o catorce. Formaban un camino desde la estatua hasta un edificio que quedaba al final de aquel camino.

Las hormigas iban para la ex-jefatura de policía.

La ex-jefatura o sea el Centro Cívico actualmente tiene muchos nombres y varias funciones. Ha cambiado mucho en las últimas décadas. Hoy día sirve como sede del gobierno provincial y de un centro cultural. En su interior hay oficinas para clases gratuitas y se ubica también el Museo Gallardo de Ciencias. Además, en este edificio se vota y se recibe a figuras importantes cuando el gobernador de la provincia visita la ciudad. Sin embargo, a los rosarinos no les gusta ir allá. Noté que a Sandra le molestaba un poco llevarme a ese lugar.

Durante la dictadura, este lugar era la jefatura de policía de Rosario. Cuando los jóvenes cumplían los 16 y 18 años, iban a ese lugar para recibir los documentos. Cuando Sandra era joven, tenía miedo de ir allá. Nunca fue sola. En aquella época, no se permitía caminar en la vereda alrededor del edificio. Estaba bordeada con un vallado alto y no se podía caminar cerca del edificio, excepto para acercarse a la oficina de documentos. El vallado escondía la verdad sobre este lugar. Aunque Sandra sólo se enteró del hecho después de la dictadura, en aquella época el lugar tenía otra función. Contenía un centro clandestino que se llamaba 'el Pozo.' Los vecinos oían los gritos a la noche.

A pesar de su incomodidad, Sandra me llevó a ver ‘el Pozo.’ Me dijo que no quería que me lo perdiera. Habló con un guardia dentro del museo, y él nos dejó pasar al museo y entrar en la plaza abierta. Aunque el museo estaba abierto, la plaza no abría hasta las cuatro.

Entramos a la plaza y éramos las únicas que andábamos por allá. A pesar de que el sol brillaba, la plaza era inquietante. Inmediatamente escuché los gorjeos de las palomas, que con un gran aleteo se pusieron a volar, alejándose de nosotras y subiendo hasta el techo. Después, vi un mural colectivo, hecho bajo el auspicio de la Secretaría de Derechos Humanos el 24 de marzo de 2007. Frente al mural, había un árbol que parecía como si se hubiera caído del cielo. No tenía ninguna lápida. Debía haberme dado cuenta de qué era, pero fue Sandra quién me lo explicó.

—Por inspiración del árbol de la paz en Hiroshima

Aunque yo había estado en Hiroshima sólo cinco años antes, y en Nagasaki hacía dos meses, no pude recordar cómo eran los árboles de paz allá. Debía de ser una cosa inolvidable... o quizá sea que una no puede recordarlo todo.

El mural estaba pintado en una pared del ‘Pozo.’ ‘El Pozo’ era una estructura que no se parecía en nada a un pozo. De hecho, se parecía más a una austera torre de campanas. Era el lugar preciso en la jefatura donde los militares aplicaban las torturas.

Entré en ‘el Pozo’ con cuidado. No había ningún intento de transformar su apariencia en un museo. El suelo estaba cubierto de heces de palomas y de plumas que formaban bolas blancas. Los *graffiti* en las paredes y el suelo roto eran testigos del descuido. Había cosas escritas en las paredes:

—LUCIFER

—DAMi

—*encerrados*

Y otras palabras que mi lexicón no contiene. Palos de hierro se extienden desde las paredes hacia afuera, dentro del Pozo, como huesos, como dedos. Afilados. Era una ruina. Cuando entré, salieron las palomas con miedo. Cuando salí, vi que volvieron a quedarse en el suelo y en los barrotes de las puertas gigantes. Salimos de ese lugar y volvimos a la Plaza San Marín.

—El argentino a diferencia de los americanos del norte y de casi todos los europeos, no se identifica con el Estado. Ello puede atribuirse a la circunstancia de que en este país los gobiernos suelen ser pésimos, al hecho general de que el Estado es una inconcebible abstracción, el Estado es impersonal, el argentino sólo concibe una relación personal, dijo Jorge Luis Borges.

Parafraseando a Borges, Sandra, especialista en literatura, me dijo:

—El Estado somos todos. Los argentinos creen que el Estado es nadie. Es por decir cosas así que la literatura de Borges fue prohibida durante la dictadura.

En aquella época, Sandra decidió dejar de trabajar en el colegio donde cierta literatura fue prohibida. Me dijo que después de la dictadura, se enteró de que el colegio de monjas al que asistía también tenía un centro de detención en el subsuelo.

En sólo algunos días, comenzarían en Rosario los juicios. En la ciudad de Santa

Fe, tendría lugar el juicio contra Brusa, quien en aquella época era el secretario del juez Fernando Mántaras en la provincia. En dos centros clandestinos de detención, la Comisaría 4ª de Santa Fe y la Guardia de Infantería Reforzada, él no sólo presenciaba la tortura sino también tenía la función de presionar a los prisioneros para que firmaran los testimonios de confesiones que daban bajo tortura. Después de la dictadura, Brusa siguió trabajando en el gobierno de la provincia como juez nacional. Ahora, finalmente sería llevado a la justicia en un juicio histórico.

Sin embargo, dos días antes del comienzo de los juicios en Rosario, había pocas señales de movilización popular de cara a los juicios. Sólo noté que la cantidad de *graffiti* iba creciendo. Las paredes hablan. No, gritan.

- CASTIGO A LOS CULPABLES**
- EL CAPITALISMO ES INHUMANO**
- IGLESIA GENOCIDA**
- BASTA DE MUERTES OBRERAS NI UNO MÁS**
- FUERA YANKIS DE BOLIVIA PC-FJC**
- SANTUCHO VIVE 19/07/1976-2009 JUVENTUD GUEVARISTA**
- CHE ES LUCHA**
- NOSOTROS AHORA**
- GOLPISTAS**
- TOKIO HOTEL**
- NO AL TREN BALA; SÍ AL FERROCARRIL PARA TODOS PROYECTO SUR**
- FUERZA CRISTINA**
- LOS JUZGA UN TRIBUNAL; LOS CONDENAMOS TODOS JP EVITA**
- 24 DE MARZO DE 1976 – 2009 Y LA JUSTICIA QUÉ ESPERA?**
- EL PUEBLO YA CONDENÓ A LOS K**
- ¿QUIÉN PAGA LOS PLATOS ROTOS?**
- NUESTRA GENERACIÓN GRITA NO MÁS DICTADORES**
- AQUÍ FUNCIONÓ UN CENTRO CLANDESTINO DURANTE LA  
DICTADURA GENOCIDA 1976-1983**
- CARCEL COMÚN**
- 24 DE MARZO 1976 – 2009**
- 30.000 VECES VOLVEREMOS JP EVITA**

Y más.

Caminábamos desde la Plaza San Martín hacia el coche de Sandra cuando vi un montón de basura. Había bolsas negras de basura junto a un carrito de supermercado lleno de botellas vacías de Coca Cola.

— ¿Qué es eso?

— Te dije que los piqueteros de las villas miseria vinieron hace dos años, ¿no? Pues, algunos se quedaron.

Me quedé sorprendida. Quería sacar una foto de ese montón de basura, yuxtaponiéndolo con la plaza hermosa. ¿Por qué el gobierno no había removido la basura? Me pareció muy irresponsable.

Sandra estaba moviéndose con ansiedad. Estúpidamente, no me fijé en ella. Comencé a encontrar el ángulo perfecto para la foto, pensando: *si pudiera conseguir tener la basura al frente y la plaza al foro, con la luz derramándose por las flores justo así...*

De repente, gritos desde atrás. Sorprendida, me di vuelta y vi a una mujer acercándose a mí rápidamente. Caminaba con pasos cortos y feroces.

— ¿Qué hacés? ¿Qué pensás que estás haciendo?

La mujer estaba envuelta en harapos. Era rubia y flaca, con pelo sucio y con nudos. En las manos agarraba tres o cuatro botellas verdes de plástico. Mi corazón se puso a palpar. Se acercó demasiado rápido. Con pasos largos Sandra vino a mi lado.

— ¿Qué te pensás? ¿Que yo estoy para que me saques una foto, como si fuera de otro planeta?

No, quería decir, pero en realidad, tal vez sí.

— ¿Por qué no te vas a sacar fotos de gente de las villas? Porque esa gente te tira con piedrazas, ¡por *eso* me sacás a mí!

De golpe la plaza me parecía demasiado brillante. La mujer se movía erráticamente. Ya no escuchaba sus palabras. Fue como si las orejas hubieran dejado de funcionar. Pensé que esa mujer me iba a golpear. Como mínimo me tiraría la cámara hacia al suelo. Pero Sandra, que creció cerca a las villas y por experiencia y sabiduría sabía hablar con la gente, se dirigió a ella. La tranquilizó. Al principio trató de defenderme, pero eso sólo hizo que la mujer se enojara más. Al final, con la mano en el hombro de la mujer, le decía, *tenés razón, tenés razón*.

Nos alejamos de allá. Mi corazón seguía palpitando. Nunca había tenido tanto miedo en la vida, hecho mismo que muestra mi privilegio. Caminamos rápidamente hacia el coche de Sandra.

—No te preocupes por ella—me dijo. Reaccionó así porque defendía su dignidad. La opinión popular sobre los pobres es que no trabajan, que malgastan el dinero. Pero no hay un Estado que les enseñe a los pobres a trabajar. La gente está preocupada por los piqueteros y la pobreza, en Rosario, en Buenos Aires, en todo el país y por eso no está muy preocupada por la dictadura. Ya vez por vos misma por qué la gente no se está fijando mucho en los juicios. Hay cosas más graves en qué pensar.

El domingo por la noche, hubo una vigilia para celebrar el comienzo de los juicios. No pude ir porque empezó justo cuando mi bus salía para Buenos Aires. Después de mi viaje, incrementó la actividad alrededor de los juicios. Hubo protestas y reuniones de apoyo. Más *graffitis*. Para los familiares de la gente que fue secuestrada, los juicios representan pasos pequeños pero importantes para conseguir justicia después de tantos años:

“La memoria es una forma de resistencia al olvido que, en el caso de los campos de concentración, comenzó por los testimonios de lo que había ocurrido y se ligó de inmediato con la búsqueda de los vestigios, de los restos que daban testimonio de la masacre colectiva,” dice una escritora y sobreviviente que se llama Pilar Calveiro.<sup>1</sup>

El juicio de Brusa es un juicio histórico. Y todos los juicios, como dice Calveiro, son formas de resistencia al olvido. Los que protestan declaran que los acusados merecen la cárcel común. Que se los encarcele con los asesinos comunes, los ladrones, los que cometieron crímenes sexuales. Ya veremos.

Eran las cinco y media de la tarde, y según mi boleto, el ómnibus iba a salir a las seis. Sandra me llevó a la estación en coche. Nos sentamos en un banco entre las plataformas 1 y 15. Tomamos agua para aplacar una sed que había crecido durante las horas en que caminábamos y conducíamos por la ciudad. Charlábamos. De repente,

---

<sup>1</sup> Calveiro, Pilar, *Poder y Desaparición: Los campos de concentración en Argentina*, 1a ed. 3a reimp., Buenos Aires: Colihue, 2006. (Puñaladas. Menor), p. 163.

Sandra señaló mi pie.

—Una pluma— dijo

Era una pluma pequeña y blanca de una paloma. Estaba apretada entre mi pie y la ojota que llevaba para aliviar el calor. Era una cosa inquietante. Agité el pie y la pluma se fue volando hacia abajo del banco.

—Ya— dije, y de pronto nos despedimos.

Las cuatro horas de vuelta pasaron lentamente. Ya había oscurecido. En el cielo de la pampa se ven muy claras las estrellas y las sombras. En la distancia, había luces colgadas de techos, iluminando porches y niños. Desde la ventana vi algunas señales triangulares, naranjas y amarillas. Tenían lucecitas que titilaban y tres letras iluminadas: SOS; *Save Our Ship*, el código internacional del socorro. Recordé cómo el bus se había sobrecalentado durante la ida a Rosario. Si lo mismo pasara ahora, en la oscuridad, ¿cuánto tiempo pasaría hasta que alguien viniera a rescatar nuestro barco y nos llevara otra vez a la ciudad? Es más, ¿vendría alguien?

Llegué a Retiro sin problemas. Eran las once de la noche, y con la mochila pesada empecé a caminar hacia la calle para tomar un taxi. Pensé otra vez en aquella pluma que estaba apretada entre mi pie y la ojota. En realidad era del Pozo. Era una de aquellas plumas que cubrían el suelo de aquel lugar siniestro. La había llevado conmigo desde allá hasta la Plaza San Martín y la casa de la mujer de las villas, hasta finalmente la estación Mariano Moreno. Toda la gente que visita al Pozo o cualquier otro lugar así: ¿Qué más se lleva consigo?